

Dragonflies – Cantoma Remix (José Padilla)

I.T. Mama

[Dedicado a Mamá](#)

Llevaba un buen rato dándole vueltas a las cuentas del despacho y se preguntaba cuántas vueltas más debería darles hasta configurar un resultado que les permitiera sostenerse. Pero con solo mirarlas no cambiaban y seguían mostrando aquel total desolador: ciento veinticinco euros.

Si esos ciento veinticinco euros fueran el resultado final contable, se daría con un canto en los dientes que, a decir verdad, tampoco eran los suyos. Pero no, los ciento veinticinco euros eran sólo el total de los ingresos; ahí debía descontar todos los gastos de estructura, como el alquiler del despacho, el agua, la luz, la comunidad, las derramas... A ese negrísimo panorama se debían sumar los sueldos. Sí, era cierto que sólo eran dos a repartir, pero los ciento veinticinco euros, descontados los gastos, daba para repartir... nada. No, el enfoque no era correcto, y por mucho que repasaba esos ingresos, éstos no crecían.

Ella estaba allí, y se lo había dicho así de claro cuando crearon el bufete, para ganar dinero. Qué risa, eso de llamarlo bufete. Pretendía ser una firma de detectives que en poco tiempo se hincharía a llevar casos, cada vez más importantes, con una inmensa pléyade de personal, con abogados, administrativas, comerciales, anuncios en prensa... Bufete vestía más que agencia de detectives, las cuales, en este país, tenían una imagen más bien floja.

- Para empezar, este local está bien –había dicho él-. Cuando crezcamos ya buscaremos otro en el centro de Barcelona.

- Yo quiero mi propio despacho -le respondió ella.

- Tranquila, Sole, lo tendrás.

Sí, sí, estaba muy tranquila, pero ella tenía que hacer su trabajo sobre la mesa redonda de la sala de reuniones, y las veces que venía una visita, que en realidad eran más bien pocas, ella tenía que trasladar el portátil y todos los papeles, al despacho de él. Por suerte, la sala y el despacho tenían una puerta que los separaba, con lo que los invitados no tenían por qué ver a Sole trasladándose. Silenciosa y rauda. E invisible.

Además, que hubiera visitas no significaba que hubiera ingresos, ni mucho menos. Los ciento veinticinco euros provenían de la devolución de una derrama que, finalmente, costó menos de lo

esperado. Derrama que puso ella de su bolsillo, con lo que, en justicia, los ciento veinticinco euros eran suyos.

Pero aparte de lo del dinero, estaba lo del despacho. El dinero era importante y ella quería un salario digno por su trabajo, independientemente de que estaba cobrando la pensión. Si algún día aparecía un inspector de trabajo, tendría que usar todas sus habilidades, a sus ochenta y dos años, para convencerle de que estaba allí porque le había preparado la merienda a su hijo. Pero el despacho... eso sí que no. Había imaginado un despacho acristalado con vistas al mar, por un lado, y al Tibidabo, por el otro, con Barcelona desparramada entre ambos, a sus pies. Eso sí que era barato. Soñar, claro. En cambio, disponía de la salita de reuniones de tres por tres, con un feo ventanuco en lo alto, por el cual era imposible asomarse si no tenías el cuello de una jirafa. La mesa era redonda y, si se ponían las sillas en determinada posición, acababa arrinconada contra una pared. En fin, lo más feo y poco acogedor que podría ser. Si vinieran clientes, pensaba Sole, quizá se irían corriendo.

Si no fuera por la labia de Marc, una especie de encantador de serpientes -que bien haría si utilizara sus habilidades para traer negocio-, quizá no sería necesaria la sala de reuniones.

Sole abrió Google y se dispuso a buscar locales. Quizá si se apretaba el cinturón, podría apechugar con un despachito de alquiler en Marina Village, junto al Port Olímpic. O quizá algo más austero en Plaça Catalunya.

Los primeros anuncios la desalentaron. Precios prohibitivos. Debía bajar sus pretensiones. Lesseps, Travessera de Gràcia, Balmes, Consell de Cent... Más, debía bajar más. Meridiana, Nou Barris, Guinardó... Guinardó también era residencial. Pero no encajaba con ellos. No encajaba con su presupuesto, para ser claros.

¿Y esas oficinitas para emprendedores y start-ups? No cumplían con ninguna de las condiciones. Con ochenta y dos años, ¿pretendía presentarse como una emprendedora? Y también costaban dinero.

¿Subvenciones? Nada.

¿Y el barrio de La Mina? No se iría allí por nada del mundo y, al poco, descubrió que tampoco podrían: los precios no eran tan bajos como esperaba. El efecto del Fòrum había generado numerosas oficinas de alquiler con vistas al mar y al Tibidabo, como ella soñaba, pero sus exiguos ingresos no les permitían ni tan siquiera soñar en trasladarse a este barrio creciente de Barcelona.

Le tocaría quedarse en Poble Nou, y no es que el barrio en sí estuviera mal, al contrario. El barrio era bueno, pero aquel despachito a aquel precio irrisorio fue uno de los grandes negocios de Marc; algún amigo, o amiga, porque Marc tenía muchas amigas, se lo había proporcionado para que empezara el negocio después del desastre de los Mossos d'Esquadra. Se trataba de un favor.

Es que una ha de confiar en los hijos, le decían sus amigas, las amigotas con las que, de vez en cuando, se reunían para jugar a las cartas. Sole les respondía con una mirada silenciosa, sin reír, pero sin un mal gesto, mientras el humo de los puros que se fumaban se esparcía a su alrededor y quedaba reflejado por la lámpara que había encima del tapete.

Cuando Marc aparecía en casa en medio de una de esas partidas, tomaba otro puro, se servía un chupito y se unía a las demás.

Después de un mínimo repaso a su vida actual, se zambulló de nuevo en Google para ver viajes y vuelos de avión. No para ver posibles destinos, lugares, fotos y recomendaciones, no; le interesaba saber a qué hora salía un determinado avión a Acapulco, por ejemplo, y el mejor precio. Aunque luego, no es que no visitara esos lugares, no; ni tan siquiera visitaba las páginas web con información sobre ese destino. *Eso ya lo haré cuando tenga el billete*, se decía. Pero, claro, con los números que arrojaba el despacho, era difícil plantearse algún día comprar uno.

- Bah, que le den... -protestó ante el silencio ensordecedor del despacho. Al menos, eso sí era una ventaja: hasta allí no llegaba el rumor del tráfico.

Iba a poner punto final a su jornada laboral y revisó el monedero: tenía que pasar por el súper antes de llegar a casa, porque la nevera estaba vacía. Había ido al cajero automático para evitar tener que cenar otra vez un yogur, el último que le quedaba. Menos mal que Marc no se presentó a cenar la noche anterior. Aunque lo culpaba por la situación, tampoco deseaba hacerle evidente que estaban más pelados que las ratas, él más que ella, pero ella, al ritmo que iban, no iba a poder dejarle nada cuando se fuera.

Sole era buena cocinera, buenísima. Pero no tenía ganas de cocinar a su edad. Aun así, cualquier cosa que hacía le quedaba para chuparse los dedos y, más de una vez, tuvo que chupárselos ella sola porque Marc no aparecía. Le tenía dicho aquello de que avisara si no venía a comer o a cenar, pero, por lo visto, debería cambiar de estrategia para no quedarse con el plato en la mesa. *Por defecto, no te haré nada, y si vienes, me avisas antes*, le había dicho. Y tampoco

- No, señor, no. No son flows la unidad de medida de las transacciones por segundo, son los FLOPS a los que, añadiendo el prefijo correspondiente, obtendrá los millones de procesos por segundo, es decir, los giga-flops, los tera-flops... Aun así, algo me dice que, por mucho que mire usted las especificaciones, no va a saber qué responderme si le pregunto algo más. En fin, ¿y en cuanto a la garantía...?

Qué bonito recuerdo, una yaya dando caña a los vendedores de informática.

De hecho, a Sole, la pasión por la informática le venía de muchos años atrás. Trabajó con gente que introdujo los primeros ordenadores en Catalunya, en concreto, en la antigua Pegaso. Aunque muchos de sus compañeros siguieron usando la informática desde el punto de vista del usuario final, ninguno lo hizo con esa tenacidad con la que abordó Sole su aprendizaje, a base de hostias, muchos manuales y noches enteras de desesperación.

Eso sí, nunca se quitó tiempo para sus hijos. A Marc, lo conoceremos en breve, y a Arturo -no sabía por qué había castellanizado su nombre, cuando lo registraron como Artur-, que vivía en Estados Unidos, nunca les faltó ni un minuto de dedicación.

Feliu, el padre de las criaturas, se fue en 2014 tras unos meses agónicos. Agónicos para él, y agónicos para ella. Al final, todos respiraron. Y fue al poco que Artur decidió irse a Estados Unidos; su trabajo en una multinacional le había llevado a formar parte del consejo de administración, que estaba en la sede central, en Seattle. Sole le había dicho que, si sólo tenía que participar en el consejo de administración, tomara un avión al mes para acudir, que no hacía falta trasladarse a vivir allá. Pero para Artur, lo importante era medrar, subir peldaños en su entorno social, y ganar una pasta que ni ella ni Marc soñarían nunca tener.

Y aunque, mientras Sole repasaba el fondo del plato con lo que quedaba de la crema, no estaba pensando en Artur, una notificación del iPad le sobrecogió: un WhatsApp.

Artur: Hola, Mamá. Estás despierta?

Sole: Sí hijo

*Artur: tengo 1 sorpresa ... *sorpresa*

Sole: Emoticono de ojos abiertos

Artur: vengo a finales de este mes

Mierda, pensó Sole. No tenía ganas de verle y que viniera a echarles en cara lo bien que vivía en América.

Sole: claro, aquí estamos. Dime día, para preparar cosas

Artur: *no hace falta, iré a hotel*

Sole: *bien como quieras. tu hermano muchas veces no duerme aquí...*

Artur: *ya veo que no cambia*

Artur: *en una semana nos vemos, el 28 de febrero estoy allí*

Sole: *muy bien, nos vemos. Un beso que voy a cenar*

Se malhumoró y, al primer intento de sentirse culpable, se dijo que a ver si con ochenta y dos años no podría decidir a quién tenía ganas de ver y a quién no. Su hijo Artur, el que vivía en Seattle, era sencillamente inaguantable. Y cuando se preguntaba por qué, siempre le venían recuerdos sobre su actitud de ostentación, de mira lo que tengo, de yo más que tú... Ignoraba de dónde había adquirido aquella forma de ser, pero ni su padre ni ella misma habían sido nunca así. Sobre Marc, tampoco se podía decir que estuviera enormemente orgullosa de él, pero era lo más parecido al niño de sus ojos: su conducta irresponsable y sus constantes juergas, podrían pasar desapercibidas si tuviera veinte años, pero es que estaba a punto de entrar en los cuarenta... ¿En qué se había equivocado? A pesar de creer que el error podría ser de los padres, era más permisiva con él. Y no sabía por qué, dado que tampoco se parecía a su padre.

- Bah, sigamos con lo nuestro -se dijo, mientras tamborileaba los dedos sobre el teclado virtual de la tablet, interesada en saber qué se podía hacer con un servidor alojado en algún siniestro *datacenter* ruso.

*=**

Marc ya hacía tiempo que se le había pasado su sentimiento de culpabilidad por ser un *bala perdida*. Una vida plagada de excesos, noctambulismo y juergas, y multitud de mujeres en sus brazos, le llevó a tomar una sabia decisión: el trabajo es el trabajo, y el placer es el placer. Para ser más claro, cuando tenía una relación con una mujer, podía cobrar una cantidad acordada con la clienta. En esos casos, se trataba de trabajo. Cualquier otra relación con mujeres era, simplemente, por placer, sin ninguna duda, y no percibía nada por ello. El trabajo le exigía, en algunas ocasiones, acostarse con mujeres de sesenta años o mayores. Un trabajo que le permitía tener lo justo para pasar el mes, comer o cenar algunos días fuera y, por supuesto, cubrirse los gastos de sus juergas nocturnas. Lo que le faltaba para ropa o cualquier otra necesidad, lo cubría mamá.

Era un hombre muy atractivo, con un cabello moreno, corto y ondulado, que mostraba ya las entradas propias de su edad. Aún así, midiendo casi un metro ochenta y de vida bastante sedentaria, se mantenía con un buen tipo. Y su cara resultaba, sin ser guapo, muy atractiva, con una nariz algo ancha y sin excesos, y una boca por la que muchas matarían. No era de extrañar su éxito con las mujeres, con las del placer y con las del trabajo, éstas últimas, más exigentes. ¿Por qué se metió a detective privado? Nunca se hizo la pregunta sobre la vocación, pero había sido policía de los Mossos d'Esquadra, hasta que lo echaron.

Su trabajo le gustaba y lo más parecido a ser policía, era pasar a ser detective, pero como un autónomo. El permiso de armas le fue retirado y tuvo que adquirir una Glock en el mercado negro que, por cierto, no llegó a pagar nunca y de la que nadie le reclamó el dinero. Imaginó que el vendedor habría muerto en alguna reyerta o habría desaparecido si la policía iba tras sus pasos.

Pero para montar el bufete de detectives, como él lo llamaba, tuvo que seducir a su madre para que pusiera la pasta. Con lo que no contaba era que ella le iba a exigir un puesto de trabajo, como garantía de que, si el negocio no le devolvía el préstamo, al menos le compensara con un salario no reconocido por la Seguridad Social. Como vulgarmente se decía, cobraba en negro. Cuando cobraba, claro.

Lo más gracioso era que Sole se inmiscuía en los casos, que eran más bien pocos, y siempre le había dado sabios consejos, aunque él no lo reconociera. Era hábil con los ordenadores por lo que le podía buscar fácilmente información por internet, mientras que él se obstinaba en estar peleado con la tecnología.

En cualquier caso, aquella noche, Marc estaba trabajando.

No entendía cómo podía haber mujeres casadas con hombres cuya profesión fuera la de boxeador; lo más lógico, en estos casos, era que él tuviera problemas mentales a causa de los golpes recibidos o del alcohol ingerido. Era entendible que esas mujeres, abandonadas, solitarias o insatisfechas, requirieran los servicios de aquel joven apuesto.

Imma era la mujer que yacía en la cama bajo las sábanas y, aunque le había dado el nombre, él no lo recordaba. La iba a dejar allí roncando, después de tomar el dinero que ella le había dejado en la cómoda. Le había dicho que era directora de no sé qué y que el marido ostentaba un gimnasio de boxeo, porque era ex boxeador. Qué extraña pareja, ¿no?, se había preguntado él al momento de

profundizar sobre el asunto. Resulta que esa pareja tan dispar tenía una casa con jardín en la calle Santaló de Barcelona y seguramente se debía a la posición social de ella.

Y lo más extraño de todo, si no se consideraba que el segundo empleo de Marc podía proporcionar un sinfín de situaciones ya de por sí extrañas, era la perversión de aquel hombre. El juego consistía en que el exboxeador permanecía oculto y Marc supuso, más adelante que, observando por una mirilla desde la habitación contigua, dejando a los amantes llegar hasta el éxtasis total.

El caso es que la escena consistía en que él aparecía muy cabreado y pegando gritos, y su mujer le respondía, sin credibilidad y sin sobreactuar, que *no es lo que parece*, dejando deslizar la sábana y mostrando uno de sus pechos. Ella sabía que, a su marido, aquello le ponía como una locomotora en bajada y sin frenos.

Así que el exboxeador asía a Marc por las axilas y lo arrastraba hasta la puerta de la calle, propinándole golpes y patadas. Aparte de la brutalidad que expresaba aquel despreciable ser, mostraba un sospechoso bulto en la entrepierna; lo que no sabía Marc era si esa excitación se debía a la escena de amor presenciada o por los puntapiés en sí. Toda la escenografía era un juego entre el marido y la mujer y todo estaba perfectamente estudiado: desde el polvo hasta las hostias.

Antes de abrir la puerta del jardín que daba a la calle, el marido le dio unos cuantos golpes de repaso en diferentes partes del cuerpo. Agradeció que no le tocara la cara, porque con ella hacía parte de su trabajo. Al acabar, abrió la puerta que daba a la calle y lo lanzó como hacían en el Viejo Oeste desde el Saloon.

Cayó entre dos coches aparcados y estuvo a punto de perder el conocimiento y vomitar, todo ello a la vez. Esperaba que nadie pasara por la calle en aquel momento, pero no fue así: una pareja que caminaba abrazada se lo quedó mirando y, ante el temor de verse involucrados en una pelea o en asistir a un malherido, aceleraron el paso para perderle de vista.

Quizá alguna costilla estaba rota o quizá alguna otra cosa peor, y le costaba horrores levantarse.

Cuando pudo sostenerse mínimamente en pie, tomo el móvil y envió un mensaje a su madre: *No vengo a cenar.*

*_*_*_*_*_*_*_*_*_*_*_*

Temía que estuviera durmiendo y le aterrorizaba pensar que, a su edad, había muchas posibilidades de encontrársela muerta. Pero necesitaba una pizca de sal y ya pasaban de las diez de la noche.

Sabía que Sole era noctámbula, como Marc, pero aunque se había dicho a sí misma varias veces durante el día que tenía que ir a comprar sal, se le pasó. Así que subió dos pisos y picó con los nudillos, para evitar la estridencia del timbre.

Sole abrió la puerta y con mirada inquisitoria se apoyó en el marco, mirándola de arriba abajo.

Júlia tragó saliva. Parecía que su vecina no estaba de buen humor, hasta que finalmente no pudo contener una carcajada.

- ¿Me vas a decir a qué has venido o tengo que adivinarlo?

Júlia suspiró al verla reír.

- Hola, Sole, he venido para ver si me podías prestar una pizca de sal.

La sonrisa se le congeló.

- ¿Prestarte? ¿Es que te vas a llevar un pellizco de sal y me lo devolverás un día de estos? –preguntó estrechando las cejas. Se llevó un dedo a los finos y desgastados labios mientras representaba que meditaba la petición-. Mi madre me enseñó que la sal no se puede prestar ni regalar. Cada una ha de comprarse su sal.

- ¿Ah sí? Y, ¿por qué? –preguntó tímidamente Júlia.

- ¿No lo sabes? Claro, eres demasiado joven. ¿Veintitrés? ¿Veinticinco?

- Oh, no, muchos más –respondió Júlia mientras agitaba una mano-. Treinta y dos.

- Mi madre me decía que prestar, dar o regalar sal da mala suerte –zanjó Sole.

Se quedaron así, en silencio, durante unos instantes; Sole, porque sabía manejar las situaciones con gente tan mojigata como Júlia; y Júlia, porque realmente era una mojigata.

- Espero que la mala suerte te la lleves tú –suspiró Sole mientras daba media vuelta-. Entra.

A pesar de su sequedad, Sole la apreciaba y le gustaba la chica. Incluso había llegado a pensar que podría ser un buen partido para su Marc. De hecho, la conocía desde niña y había jugado durante millones de horas con Marc, pero el insípido de su hijo no le había echado el ojo y era bien raro: sabía se iba con otras mujeres de dudosa ética y edades avanzadas y Júlia siempre quedaba al margen de sus aventuras. ¿De verdad no se había fijado nunca en ella? Era rubia natural, un rubio apagado, ojos claros, grandes y bellos, nariz

respingona y un cuerpo esbelto, un cuerpo de deportista. Sí, era cierto que vestía de una manera informal que no le favorecía, pero Sole sabía detectar esos detalles positivos y ocultos. Lástima que Marc no.

Sus padres se habían separado de mayores y cada uno había buscado un destino lejos de Barcelona, con lo que entonces, Júlia vivía sola y tenía el piso pagado. Pero, aun así, la anciana no había detectado nunca la presencia de nadie, ni chicos, ni fiestas ni nada de nada.

Sole volvió con una taza de café llena de sal, y la dejó en la mesita del recibidor.

- Niña, yo no te voy a dar sal; yo la dejo aquí. Si quieres, la coges tú y te la llevas, y ahí quede toda la mala suerte para ti.

- No sé por qué eres tan supersticiosa, Sole. No va a pasar nada –dijo Júlia sonriendo-. ¿Está Marc por aquí? Hace días que no lo veo.

- Mmmmh, no. Creo que tenía trabajo hoy en el despacho.

- Bueno, salúdalo de mi parte –le dijo mientras le besaba en la mejilla, mejilla que Sole puso a su disposición para dejarse besar, tomó la sal y se fue.

Sole la vio descender por las escaleras mientras pensaba que le gustaba aquella chica que había crecido junto a ellos. Y, aunque de pequeños, Sole conocía todos y cada uno de los detalles de su vida y la de sus padres, la niña se había hecho mayor y descubrió que había muchos matices más actuales que ella desconocía. Por esa razón volvió todo lo rauda que pudo, a pesar de su edad, en busca de la tablet, para consultar el perfil de Júlia. Sí, Facebook podría ser un buen punto de inicio, ver con quién se relacionaba, si aparecían fotos en pareja, su historia o... Pero en Facebook no era capaz de localizarla.

No soy una buena I.T. Mama, no soy capaz de encontrar algo en internet cuando en internet se encuentra siempre todo, se dijo, como si ella sola fuera un departamento de I.T., de informática, de una empresa.

Pasó a LinkedIn, una red social mucho más profesionalizada. Júlia no aparecía allí. No le quedaban muchas más opciones, al menos de las que a ella le gustaban: Google Plus, Yahoo, Tinder, Instagram...

Nada, o Júlia no se prodigaba en las redes sociales o utilizaba un alias, un nombre con el que ella se identificaba, pero sólo los que lo conocían podrían saber que era ella.

Así que la llamó desde el móvil.

- Perdona, cariño, estaba buscando referencias de las supersticiones sobre la sal, pero no sé qué me pasa que no puedo entrar en

Facebook. ¿Puedes entrar tú? A ver si se les ha colgado el servidor... - usar el tono de voz de abuelita negada con la tecnología era una ventaja.

- A ver, déjame probar desde el móvil... a ver, a ver... Sí, sí que puedo.

- Vaya, a ver si se me ha escacharrado el wi-fi... -mintió Sole-. Ahora lo miraré -y suspiró teatralizando el fastidio de tener que reparar cosas de I.T.-. Por cierto, ya me dirás cómo te llamas en Facebook, me gustaría tenerte como amiga.

- Claro, claro -rio Júlia-. Búscame como Giulietta8533, envíame solicitud de amistad y yo acepto.

- Y, el numerito ese, ¿qué significa?

- Me sorprendes, pensaba que me preguntarías por el nombre...

- No, no... ya me hago cargo de que Giulietta viene a significar Júlia, vamos, imagino yo.

- El número es mi año de nacimiento, 1985, y dos veces mi número preferido, el 3.

- Anda, tantos años viviendo juntas y no sabía que te gustaba la numerología.

- Bueno, es que el 3 representa muchas cosas... el triángulo, la familia, el apoyo... el amor.

- Muy bien, guapa. Bueno, te dejo que tengo trabajo con el wi-fi este. Necesito arreglarlo para poder espiarte y cotillear un poco a tu costa... -rio Sole sin mentir, porque lo que realmente deseaba era zambullirse en el Facebook de Júlia para conocer su otra vida.

Júlia se ofreció a ayudarla en lo que pudiera.

- No, mi amor. Ya sabes que puedo yo sola, y debo vencer la pereza de hacer cosas a mi edad. Ya sabes...

Tras colgar, colocó la tablet enfrente, añadió el soporte de teclado externo y se metió de cabeza en Facebook, a ver qué contaba la vecinita de los treses.

Al cuarto de hora comprendió que era más sosa aún que su hijo. Cuatro fotos de algún fin de semana, fotos que, además, no eran actuales, sin arrugas, peinados de seis u ocho años atrás... Por no poner, no ponía ni dónde había estudiado.

- A ver tus amistades... Sí, cinco o seis: no se puede decir que te prodigues mucho en las redes sociales. Tendré que pensarme si me hago Community Manager y, al menos, tendría dos clientes: a mi hijo y a ti.

Cerró la tablet y se fue a la cama, esperando que Marc volviera y se tomara un tazón de crema de champiñones.

==*=*=*=*=*=*=*=*=*=*=*=*=**

Cada día le costaba más levantarse, no por el sueño, sino por el dolor de piernas y articulaciones en general. Sole tenía la mente muy clara y, para su edad, había visitado pocos médicos a lo largo de su vida, muchos de los cuales fue acompañando a su marido. También era cierto que los dolores al comienzo del día, sumados a la pereza por levantarse, se iban desvaneciendo en el transcurso de la jornada, de manera que, a última hora, se encontraba pletórica y activa, como los búhos. Algo así le pasaba también a su hijo, aunque éste encarrilara su exceso de actividad nocturna para otros menesteres...

El plan de hoy, se decía a diario. Cada día se hacía la misma pregunta antes de tomar el autobús desde su casa en Consell de Cent, hasta el Poble Nou. De hecho, desde que empezó a trabajar en la Pegaso, se preguntaba lo mismo antes de encarar la jornada laboral, para dibujarse metas y objetivos y, aunque en ocasiones no los conseguía alcanzar, la mayoría de las veces, sí. Eso le proporcionaba sosiego y la tranquilidad del deber cumplido, y evitaba pasarse el día perdiendo el tiempo en cosas que no había planeado y que, si no las había planeado, no eran urgentes ni importantes. En el mundo de la informática, eso suele ocurrir: los técnicos acuden a su lugar de trabajo sin un plan trazado para ese día y multitud de circunstancias que van apareciendo a cada minuto modifican el transcurso de su actividad; al final, el resultado es desesperación, angustia y malhumor, porque lo que se tenía que hacer, no se había hecho.

Lo que pasaba en la agencia de detectives, a la cual Marc se empeñaba en llamar bufete, era sensiblemente diferente: no había mucho trabajo, por no decir, nada, y el plan de hoy se limitaba a buscar financiación y esperar estar presente en el despacho cuando el primer cliente entrara por la puerta; su hijo era peligroso y no tenía la menor noción de cómo llevar un negocio.

Pero ese día, sí. Tenía un *plan para hoy*: había leído propaganda de algunas empresas que proporcionaban espacio web gratuito bajo el epígrafe del *Hágaselo usted mismo*, y tenía decidido montar la web del mal llamado bufete. Tenía claro que los aspectos técnicos no se le iban a resistir, pero debía pensar muy claramente el mensaje, porque lo que quería era que aquel negocio comenzara a hervir.

¿Le engaña su mujer?

¿Su trabajador le escatima tiempo y dinero cuando sale de la oficina?

¿Le han acusado de algo que no ha hecho y necesita pruebas?

En una cuartilla había escrito esas preguntas para ver cómo se le aparecían, pero eran preguntas muy típicas que no presentaban la esencia del negocio ¿Esencia, se había dicho? Qué gracia, allí no había esencia a nada, sino el abrumador silencio de un negocio sin actividad.

Sí, de hecho, si entrara alguien aludiendo a que su mujer le engañaba, buscarían pruebas palpables, mediante fotos o vídeos de esos hechos y, si se descubría que la mujer, finalmente, no le engañaba, se inventarían las pruebas, ¿por qué no? Si era lo que el cliente pedía a gritos...

Investigadores discretos. Mmmh, eso sonaba bien. Entre investigadores y detectives sonaba mejor lo primero. Lo segundo sonaba a lúgubre, a Dashiell Hammet, a detectives con un cigarrillo apurado en la boca y sus trajes manchados de ceniza. No, ellos no querían tener esa imagen, aunque ella fumara puros, en verdad. Ahora bien, mencionar que eran discretos, que en sí era un adjetivo positivo, no evitaba que la gente se preguntara ¿por qué publicitan que son discretos? ¿Es que antes no lo eran? ¿Es que los otros despachos de detectives no lo eran?

Sólo tienen que mirar las noticias para ver cómo de discretos son los del CNI, se respondió a sí misma Sole ante tales pensamientos.

Al llegar a la oficina, algo ofuscada por no tener claro qué poner en la web gratuita que iba a crear, decidió dejar su mente en blanco, tal como habría hecho años atrás cuando no era capaz de resolver un enigma del entorno de la informática: ocuparla con otros pensamientos a la espera de que la inspiración divina se le apareciera y le diera un nombre y un eslogan que enganchara. Y esas otras cosas estaban en Google, en los periódicos digitales y en los anuncios de viajes.

Mientras iba tecleando y cliqueando, recordó que no sabía nada de Marc y, aunque le enrabiaba tener que llamarlo y ser ella siempre la primera en pulsar el botón de llamada del móvil, también le preocupaba que no se hubiera metido en algún lío, cosa que no sería la primera vez.

Después de leerse con detalle todas las noticias relativas al *procés catalán*, se fue a las secciones de sucesos, que hoy en día, suelen llamarlo de otro modo en los medios: actualidad, noticias locales o, incluso, tendencias. En sucesos suelen aparecer noticias que puedan llegar a tener algo que ver con las agencias de detectives: quizá ahí tomara alguna idea.

Acosos sexuales, corrupción política, desigualdad por sexo, accidentes ferroviarios y de aviación, un adolescente que ha creado un *startup*, algún famoso muerto a causa de la edad... Vaya mierda de noticias. Ahí iba a ser difícil encontrar un nombre que fuera atractivo, que enganchara fácilmente, que se encontrara por la web sin dificultad, que mostrara que eran gente de trato agradable, profesional y eficaz; en definitiva, un nombre que atrajera a los clientes, aunque mintiera sobre las apariencias.

Pasó de largo los crucigramas y los sudokus, más que nada porque Sole siempre decía que no tenía tiempo para nada. Y acabó, finalmente, en viajes.

¿India inédita? ¿Kenia salvaje? ¿O México oculto?

No tenía la menor intención de viajar a la India y mezclarse con la miseria de aquel país, que ella misma ya era bastante pobre como para tener que consolarse viendo gente más pobre que ella; tampoco quería acabar en las fauces de un león en África y, ni mucho menos, atravesar el Atlántico en avión para ir a descubrir no sabía qué clase de tesoros mayas. Consultó los precios, que era lo que más le interesaba y, por descontado, no había ninguno a ciento veinticinco euros.

Quizá podía empezar a construir la web gratuita sin tener el nombre definitivo de la agencia. Y nada de bufete, como insistía Marc; el bufete era para los abogados y ellos no eran abogados. Sí, podía dejar el nombre para el final.

Oyó el ruido de llaves en la puerta. Finalmente, Marc por el lugar de trabajo.

Alto, guapo y sonriente, besó a su madre en la mejilla. Sus movimientos eran, sin embargo, muy acartonados.

- ¿Te encuentras bien, hijo?

- Bueno, un poco de dolor muscular, básicamente. Ayer me di una paliza en el gimnasio... -respondió Marc sabiendo que sólo el cincuenta por ciento de la afirmación era cierta: lo de la paliza.

- Ah, ¿es que ahora vas al gimnasio? Caray, sí que te van bien las cosas.

- Ya sabes, debemos tener imagen, cuerpos saludables, cuidarse... Podrías apuntarte tú también.

- No, ¿qué va? ¿Qué diría la gente de un hombre apuesto como tú que va al gimnasio con su mamá?

- Te decía que por qué no te apuntabas tú... no que fuéramos juntos al gimnasio.

De hecho, Marc no iba al gimnasio, por tanto, tampoco iba a dar oportunidad a que le descubrieran sus mentiras.

- Ya me darás la tarjeta y veremos. Yo no estoy tan rica como tú -añadió Sole usando un claro reproche a la situación del negocio-. Por cierto, ¿dónde te has ocultado estos últimos días?

- Mama, por favor, no me escondo. No puedo estar informándote de todos mis movimientos -dijo él rascándose la nuca y mirando hacia otro lado-. Trabajando, he salido con unos amigos... vamos, lo de siempre.

- ¿Hay algún caso en la agencia que se me haya escapado y que requiera mi atención?

- Ya sabes qué casos hay -respondió con un cierto malhumor.

Sí, ninguno, se dijo Sole.

- Y, además, no me escondo, tengo mi vida, ya lo sabes.

Creo que no sé nada de tu vida, interiorizó Sole que, al momento se quedó como bloqueada.

México oculto.

¿Por qué no? No distorsionaba nada en comparación a aquellos mensajes iniciales que había ideado.

Oculto. Podría llegar a ser un nombre resultón.

Oculto, agencia de detectives. No sonaba mal.

Okulto, agencia de detectives, eso le daba un aire más extravagante y, a la vez, llamaba la atención. ¿Okulto u O-Kulto? Buf, qué pereza: eso iba a llevarle a una nueva discusión con su hijo. El nombre de la agencia.

- Ya he pensado un nombre para el bufete -dijo él como si le hubiera leído el pensamiento-. *Fast View*.

- Mmmmh, está bien. Y, ¿qué diablos significa?

- Pues como su nombre indica: Vista Rápida.

- Y, ¿qué tiene que ver eso con los detectives?

- Fácil, muy fácil: multitud de casos en los juzgados se detienen por falta de pruebas. Nosotros podemos aportar esas pruebas eficazmente.

- No sé de dónde te viene ese aprecio por todo lo judicial. Desde luego, ni de tu padre ni de tu madre. Para empezar, llamas a esto bufete cuando un bufete es para abogados. Esto pretende ser una agencia de detectives y, más en concreto, de detective, porque sólo hay uno.

- Algún día tendremos algún abogado en plantilla, ya lo verás. Y somos dos detectives, porque tú también cuentas. Somos un equipo.

- No sé lo que somos. Bueno, ya miraré cómo encajo tu idea en la web. Déjame un rato tranquila.

Estaba claro que dos no discuten si uno no quiere. Y es que, en realidad, Sole iba a hacer lo que le viniera en gana, como hacía siempre. Ya habría ocasión para enzarzarse en otra discusión, pero sería en otro momento. Y pospuso esa discusión hasta tener la web hecha.

==*=*=*=*=*=*=*=*=*=*=*=**

Los golpes recibidos por el boxeador jubilado habían hecho mella en Marc, no sólo en lo físico. Moralmente también, y se preguntaba cómo había llegado a esa situación tan estrambótica. ¿Se estaba tirando a mujeres ya maduras para obtener un sobresueldo –que, más bien, era su sueldo principal- o, bien, el tema del sexo era algo secundario y atraía otras conductas desviadas que se le escapaban de las manos?

Un día después de discutir con su madre por la cuestión de la página web, se encontró un Post-It en la mesa en la que, con la extraña caligrafía de su madre, se leía *Ya está la web*. Bien, en eso era eficiente y no había de reñirle y lo de la mala letra del Post-It se comprendía: su madre sólo sabía escribir bien si delante tenía un teclado de cualquier tipo. En cambio él tenía buena letra pero con un teclado sólo era capaz de escribir con dos dedos.

Aun así, se metió en Google y tecleó *Fast View* y, ante su asombro, no había nada en las primeras diez páginas de resultados. *Lógico*, pensó por otra parte, *si la creó ayer aún no se ha replicado en los buscadores*. Buscó también por Marc Sierra, imaginando que su madre hubiera incluido su nombre en cualquier lado de esa web, pero no, en vez de eso, aparecieron numeroso Marc Sierras en Facebook, Twitter o LinkedIn.

Pues nada, habrá que esperar, se dijo. Ya que tampoco tenía mucho trabajo, por no decir nada, quizá era el momento de acercarse al Port Olímpic a tomarse una cerveza en una terracita y dejar que el tenue sol de invierno le calentara la piel. Sabía que el sol era un aporte de vitaminas importante y, al no tener nada mejor que hacer, le pareció una buena idea.

Al abrir la puerta se encontró con una escena no imaginada: su madre, buscando las llaves del despacho en su bolso repleto de cosas inútiles y una bella y joven mujer de no más de veinticinco años a su lado.

- ¿Ibas a salir? –le preguntó Sole sin dejar de mirar el bolso, cosa que era evidente porque la puerta la había abierto Marc, y uno no abre puertas si no es para salir.

Marc dudó, ante la presencia de aquella extraña joven, de cabello moreno largo y ondulado y unos especiales ojos verdes un poco rasgados y unos sensuales labios que no tenían nada que ver con lo que se encontraba él aquellas noches de infortunio sexual.

Lo primero que imaginó es que la mujer había enredado a su madre para venderle un seguro o un cambio de compañía eléctrica y estaba dispuesto a echarla de allí con mal talante.

- Esta joven tiene interés en conocer nuestros servicios. ¿Le vas a dejar entrar o tendremos que charlar aquí en el rellano? –preguntó con su voz de Abuelita Paz.

- Por supuesto, adelante –respondió haciéndose a un lado y estrechándole la mano- Marc Sierra.

- Laura Simó –se presentó ella con una encantadora sonrisa que a Marc no le pasó desapercibida y, como era de esperar, a Sole tampoco.

La joven entró decidida y echando miradas a diestro y siniestro. Marc se tranquilizó al ver que el comportamiento de la joven no era desconfiado. Al fin y al cabo, era una joven que, por su edad, podría estar haciendo un Erasmus.

- Vamos a la sala de reuniones –invitó Marc, haciéndole pasar al cuchitril donde Sole esparcía sus papeles alrededor del portátil cada día. Por suerte, la mesa estaba vacía; en eso, mamá era previsor y eficiente.

La sala de reuniones, como él la llamaba, con ese ventanuco arriba desde el cual no podía verse la calle, resultaba agradable con una mujer excitante como Laura, con un traje chaqueta y una falda negra, de paño, y una blusa alegre y juvenil. Y un escote, prieto pero mostrando unas perfectas curvas a las que a Marc no pudo evitar que le llamaran la atención. Sole pensaba que un botoncito abrochado más arriba evitaría miradas indiscretas, pero, en fin, ambos ya eran mayorcitos para mostrar o no mostrar y para mirar o no mirar. En realidad, ella era mayorcita para permitirse ese tipo de detalles, pero es que Marc casi podría llegar a doblarle la edad.

Aunque a él le hubiera gustado tener la reunión sin la presencia de su madre, no podía apartarla sin ser descortés y, más, teniendo en cuenta que había entrado con ella. Debían haberse encontrado por casualidad en el portal y Sole era de las que siempre preguntaba a

los desconocidos. Una joven interesada por los servicios de la agencia y Sole ya no habría dudado en invitarla a subir juntas.

- Usted dirá... -conminó Marc a la joven mostrando las palmas de sus delicadas manos a la espera de una introducción.

- Bueno -respondió la muchacha algo agitada-, primero agradecer a Sole que haya sido tan amable de mostrarme cuál era el despacho de la agencia O-Kulto.

- Claro... -comenzó a responder Marc mirando de reojo a la Sole por el nombre que había puesto a la agencia en internet-. Somos nosotros.

Nosotros. Un equipo formado por un detective de mediana edad y una mujer mayor que rebasaba los ochenta. Era mejor que no supiera que eran madre e hijo, porque sería más difícil de explicar.

- Vi su web ayer y entendí que podrían ayudarme.

Cuando empiecen a trabajar abogados aquí y esto se convierta en un bufete, ¿seguiremos con ese nombre tan... siniestro? Mamá, tienes ideas de bombero..., se dijo algo ofuscado.

- No hace falta que me llames de usted. La Sole es lo primero que me dijo -expuso Laura saltándose protocolos y tuteando a Marc.

Se frotó las manos nerviosamente, aunque Sole percibió que, quizá, tenía frío. Alcanzó un calefactor que tenía allí para calentarse los pies y lo encendió.

- Gracias -le dijo dedicándole una sonrisa angelical-. Lo cierto es que trato de encontrar a mi abuelo y tras ver la web que tenéis, creí que era la mejor opción.

Marc y Sole intercambiaron una fugaz mirada. La de él, recriminándole que se hubiera creado la web sin tener en cuenta su opinión, y ella porque realmente tenían un caso encima de la mesa. De cualquier manera, sería interesante bucear luego en esa web para comprobar qué clase de mentiras había publicado su madre.

- Ya -se interesó Marc cruzando las manos bajo la barbilla-, y ¿cuándo fue la última vez que lo vieron?

- Bueno -dudó Laura-, ese es el motivo por el que estoy aquí. Yo no lo vi nunca.

- ¿Entonces, chiquilla? -preguntó Sole interesada más por la cuestión personal que por el caso en sí-. ¿Tienes un abuelo al que no conoces?

- Sí, así es. No lo conozco porque desapareció hace cuarenta años y yo sólo tengo veintitrés.

Otra mirada rápida entre Sole y Marc de apenas una milésima de segundo, sincronizada.

Una niña espabilada, pensó Sole. Una niña descarada, pensó Marc.

- Pero, cariño –intercedió Sole sabiendo que, según lo que le dijera, podría dejarles sin caso-, con el tiempo que ha pasado se le tendría que haber declarado como fallecido.

- Sí, todo eso ya lo sé, pero creemos que está vivo, tenemos algún indicio.

- ¿Creemos? ¿Quién más está contigo? –quiso saber Marc.

- Mi madre. El abuelo era su padre y desapareció hace muchos años. Ella era muy joven y su madre, mi abuela, había muerto años antes y tuvo que dedicarse a sobrevivir, al no tener más familia. Por eso nunca inició los trámites para que lo declararan como fallecido.

- Y, ¿por qué no has venido con tu madre? –quiso saber Marc con un gesto más de desconfianza que de duda.

- Mi madre está al cuidado de la granja. Hace cuarenta años que lo hace desde que el abuelo desapareció y ahora se le hace insoportable abandonarla ni para la más mínima gestión. En eso, la ayudo yo.

- ¿Por qué creéis que está vivo? –intervino Sole-. ¿Hay pruebas válidas?

- En el pueblo se comenta que hace unos días ha aparecido un vagabundo aparentemente muy mayor, podría tener unos ochenta años. Por la descripción que han dado algunos de los vecinos que le han visto deambular por el pueblo, les recuerda a mi abuelo.

- Pero eso no es una prueba –interrumpió Marc.

- Claro que no. Por eso quiero contrataros a vosotros, porque sois capaces de encontrar cosas que... están ocultas. Al menos eso es lo que me llamó la atención de vuestra web.

- ¿En qué pueblo estáis, querida Laura? –preguntó amablemente Sole.

- Pensaba que os conocíais –comentó molesto Marc, sobre todo por las intervenciones de su madre-. Al menos, al veros en la puerta...

- Sí, es que ha preguntado por O-Kulto y le he acompañado hasta aquí. Dinos –preguntó girándose hacia Laura-, ¿dónde estáis?

- En Conesa.

- Y eso está... ¿dónde? –preguntó Marc al que la situación, según él, se le estaba escapando de las manos.

- En la Conca de Barberà -intercedió pacientemente Sole, para que la clienta no percibiera que su lugar de origen era desconocido para ellos.

- Es un pueblo precioso, cerca de Montblanc y de Poblet. Y, de aquí a poco, el paisaje será el más bonito del año, con el trigo verde... Te encantará -añadió Laura mirando a la cara a Marc.

- Bueno, antes de ir deberemos aceptar que nos hacemos cargo del caso. Como comprenderás, no aceptamos cualquier tipo de petición. Además, está lo de los honorarios... -condicionó Marc, estando seguro de que cuando le hablara de tres mil euros, la joven saldría por la puerta corriendo.

- No os preocupéis por el dinero. Estamos dispuestas a pagar ciento veinticinco...

Sole se bajo las gafas hasta la punta de la nariz mirando fijamente a la chica. ¿Es que el número ciento veinticinco era su número de la suerte?

- Es decir -apuntó Sole-, ciento veinticinco...

Y, por suerte, no acabó la frase con *euros*.

- Sí, sí, ciento veinticinco mil euros.

Sole y Marc intercambiaron una mirada sutil.

- Debe haber una razón muy poderosa para ofrecer tanto dinero por intentar encontrar a tu abuelo -indicó Marc.

- Mi madre no tiene problemas de dinero en la actualidad. No le queda familia y, si es verdad que el vagabundo es su padre, está dispuesta a darlo todo para que vuelva a casa. El problema es que hay que encontrarlo.

- Qué gran corazón -afirmó Sole-. Pero ¿por qué no se conforma con que alguien que lo vea le dé indicaciones a tu madre, o retenga a tu abuelo?

- Mi madre no sale mucho de casa, ¿sabéis? Sólo tiene relación con algunas personas que vienen a realizar determinados trabajos en la granja. Es difícil para ella hacer un seguimiento.

- Pero os saldría más barato si, por ejemplo, te encargaras tú -remarcó Sole-. Tú podrías hablar con los vecinos.

- No es tan fácil. Yo trabajo y estudio en Barcelona y muchos fines de semana no estoy allí. No sería muy sencillo hacer un seguimiento, y no sería como si lo hiciera un profesional.

Se hizo un momentáneo silencio y todos se miraron entre sí. Quizá dicho silencio era incómodo para Laura, pues era joven y, presuntamente, feliz. Pero Marc y Sole no salían de su asombro. Ciento veinticinco mil euros era algo a lo que ni siquiera habían llegado a aspirar ni en sus sueños más optimistas.

- ¿Qué ocurre si no encontramos a tu abuelo, o si el vagabundo no es él? -preguntó preocupado Marc temiendo ver volar su dinero.

- Mi madre os pagará la mitad, siempre y cuando se demuestre que habéis hecho todo lo posible. Y si el vagabundo, finalmente, no fuera

mi abuelo, nadie dice que no podáis encontrarlo igualmente si deseáis seguir en el caso.

A pesar de su juventud, Laura se desenvolvía perfectamente y con encanto. No sabían qué estudiaba, pero sabía negociar ante cualquier situación, al menos, en apariencia.

- En cualquier caso –razonó Marc-, será necesario un adelanto, para afrontar los primeros gastos, como ir a Conesa, tal como decías...

Sole fijó la mirada sobre su hijo. Estaba claro que aquella niña le gustaba, le caía bien y no quería incomodarla, pero era cierto lo que decía Marc. No tenían que poner dinero de su bolsillo para iniciar un caso fuera de Barcelona.

- ¿Tres mil euros os parece bien?

Ni por asomo habían llegado a calcular cuál debería ser el precio de los primeros gastos, pero tres mil euros se les antojaba como una cantidad interesante y que les sacaría de muchos apuros de inicio. De hecho, habían llegado a pensar que tres mil euros podría ser el total de la operación.

- Nos parece muy bien, hija –susurró Sole, que no daba crédito al giro que tomaban las cosas-. Marc se desplazará allí tan pronto pueda– añadió, como si Marc tuviera tantas cosas que hacer.

Precisamente a él no le gustó cómo le estaban organizando la vida entre la una y la otra, pero los ciento veinticinco mil no se los iban a dar por no hacer.

Laura extrajo un talonario de su bolso y se dispuso a garabatearlo. Como quien no quiere la cosa, sin dar trascendencia al montante del talón, Marc hizo la siguiente pregunta:

- ¿Tienes alguna foto de tu abuelo, poco antes de la desaparición?

- Oh, sí, claro –respondió dejando a medias el talón y revolviendo de nuevo en su bolso.

Deberías dejarla que hiciera lo que tenía que hacer, es decir, el talón, se dijo Sole, molesta por la interrupción de su hijo.

La foto que les mostró ya no era en blanco y negro: era en blanco y sepia anaranjado. En ella se veía a un hombre de rasgos muy afilados, delgado, de mirada taciturna, o desconfiada, con una gorra que mostraba el pelo negro que sobresalía por el cogote y las patillas, una nariz aguileña y unos ojos que, siendo uno muy generoso, podrían tener alguna mínima retirada a los de Laura.

- ¿Qué edad tenía aquí, cariño? -preguntó amablemente Sole, ajustándose las gafas y rastreando la imagen en busca de respuestas.

- Creo que unos cuarenta, más o menos.

- Y, ¿cuándo desapareció en relación con esta foto? -quiso saber Marc.

- Sí, poco después. Es decir, si hacéis el cálculo, ahora debería tener unos ochenta años, más o menos. Mi madre os dirá exactamente la edad.

- Es importante ese dato -ronroneó Marc-, porque así podríamos acotar lo que estamos buscando.

- Ya -añadió Sole-. Es muy importante si tiene ochenta, ochenta y dos u ochenta y cuatro...

Marc se la miró de reojo y aguantó la vista lo suficiente para hacer saber a su madre que el comentario no le había gustado nada.

- Lo digo en serio -concluyó Sole intentando arreglar esa comentario que parecía haber herido a su hijo-, esa diferencia de edad entre los ochenta y los ochenta y cuatro puede ser suficiente como para que un hombre camine o haya dejado de caminar.

- Sí, claro -se animó Laura-, ella tiene razón. Ése y otros muchos datos los tiene mi madre... Bueno, voy haciendo el talón, no se me vaya a olvidar...

- Tranquila, cielo, no pasa nada -mintió Sole.

- Os dejo mi número de móvil -dijo Laura deslizando el talón por encima de la mesa-, y si hubiera algún problema para cobrarlo me llamáis...

- Oh -rio Sole, mintiendo de nuevo-, no vendrá de unos días...

Marc se estaba poniendo nervioso con tanta cursilería y, al intentar atrapar el talón, la mano de su madre se adelantó, haciendo que desapareciera como por arte de magia.

- Necesitaremos que el ingreso esté hecho y, entonces, podremos planificar una actuación -dijo él con talante ceremonioso-. Será en unos pocos días. Ya te avisaré.

- Entonces, de acuerdo. Mi madre se alegrará de contar con vuestra ayuda -añadió a modo de despedida mientras se levantaba de la silla, se alisaba la camisa y se ajustaba la falda, haciendo que todo el frontal dejara de ser una burda. Marc no perdió detalle, como no podía ser de otra forma. Cuando él intentó estrecharle la mano, ella se le acercó, se puso de puntillas y le besó en la mejilla. La fragancia a colonia cara y excitante, sólo al alcance de aquellas sexagenarias con las que había de verse, le nubló el pensamiento-. Y tú también, un beso, Sole.

Verla marchar por la puerta les entristeció, con sentimientos diferentes para la madre y para el hijo. Era una chica joven y alegre

y, a falta del resto del dinero, ya había dejado tres mil euros en la cuenta de la agencia.

Si es que el talón tenía liquidez, claro.

==*=*=*=*=*=*=*=*=*=*=*=*=**

La verdad, la bendita verdad era que Marc no tenía el más mínimo interés de verse con su hermano, que estaba al caer, proveniente de Seattle, Estados Unidos.

Era cuestión de cobrar el talón de Laura y salir disparado hacia el recóndito pueblo ese. No tenía ni idea de por dónde empezar y se maldecía a sí mismo por no haber hecho una copia de la foto del abuelo de Laura. Supuso que la podría volver a ver una vez en Conesa.

Sole le había invitado a comer con la esperanza de que atrasara el desplazamiento a Conesa, con la vista puesta en que estuviera presente cuando apareciera Artur. Para ella era complicado dar conversación a una persona inaguantable y tan pagada de sí misma y confiaba que con Marc presente, el peso de las conversaciones lo llevarían ellos.

- No, mamá, me iré pitando tan pronto hayamos cobrado.

- Pero ¿qué plan tienes? Que te vayas a Conesa para empezar a darle al caso no implica que te vayas a vivir allí -dijo con voz apagada, una voz que, cualquiera que no la conociera, diría que pertenecía a la mismísima abuelita Paz.

- Nos dan una pasta. Quizá va siendo hora de que nos tomemos un caso en serio, ¿no?

- Bueno, hijo, yo me tomo todos los casos en serio, pero, la verdad, como son tan pocos quizá sí que me he despistado entre caso y caso. Marc sintió un agujonazo. Se sentía algo culpable, aunque no demasiado, por la escasa carga de trabajo en el despacho-. Me gustaría que os vierais, la verdad. Entiendo que tu hermano es... ¿cómo te diría?

- Un plasta, algo insoportable. Lo mejor será que me sumerja en el trabajo, ahora que hay algo mejor que no estar aquí departiendo con él sobre el tamaño de su coche.

- Bueno, y ¿cómo vas a enfocar la investigación? -preguntó Sole excluyéndose del caso y no hablando, por ejemplo, de *nuestra investigación*. Sabía que su hijo, como todas las generaciones que le sucedían, tenían una elevada autoestima y se consideraban adoradores del *yoísmo*, es decir, del yo, sólo yo y nadie más que yo.